

Dr. David DeSilva, Apócrifos, Conferencia 9, Apócrifos en la Iglesia cristiana y el Canon

© 2024 David DeSilva y Ted Hildebrandt

Este es el Dr. David DeSilva en su enseñanza sobre los apócrifos. Esta es la sesión 9, Los Apócrifos en la Iglesia Cristiana y el Canon.

Llegamos en nuestra última conferencia de esta serie a considerar la cuestión del lugar de los apócrifos en el canon cristiano y en la Iglesia cristiana.

Espero que a estas alturas haya defendido bien el valor de los apócrifos como literatura judía. En esta conferencia, simplemente quiero examinar el lugar de los apócrifos en varios cánones cristianos y los fundamentos de las decisiones tomadas por un partido u otro. Y me gustaría comenzar considerando el lugar de los apócrifos en la Biblia judía.

El judaísmo no parece haber tenido las mismas discusiones sobre estos libros que la Iglesia cristiana ha tenido durante siglos. Casi nunca fueron considerados por su autoridad bíblica o lo que sea. Sin embargo, cuando comenzó el movimiento cristiano primitivo, todavía no había declaraciones oficiales reales sobre el canon de las Escrituras en la comunidad judía.

Es decir, si bien los primeros cristianos heredaron las Escrituras de la sinagoga, no heredaron un canon cerrado de la sinagoga. Ahora, pensemos un poco juntos sobre el surgimiento del canon en la comunidad judía. Como mencioné, no hay registro de discusiones internas sobre el canon que comiencen a alcanzar el nivel de vigor, especificidad y rigor de los debates canónicos cristianos de los siglos III y IV o del período de la Reforma.

Sin embargo, digamos en el siglo II a. C., ya comenzamos a ver referencias amplias a los principales grupos dentro de un canon judío emergente. Por ejemplo, en 2 Macabeos y al igual que en el Evangelio de Mateo, encontramos referencias frecuentes a la ley y a los profetas como una forma de hablar del conjunto de textos autorizados que definen y guían a la comunidad judía. En algunos libros encontramos una descripción en tres partes de este cuerpo de literatura.

Por ejemplo, en el Prólogo de Ben Sirah, el nieto de Ben Sirah, alrededor del año 132 a.C., habla de la ley, los profetas y los demás libros de nuestros antepasados. Una especie de división en tres partes, que se refleja de alguna manera en Lucas 24 cuando Jesús habla de todo lo que estaba escrito sobre él en la ley, los profetas y los Salmos como quizás el representante más importante de los otros libros en términos de la vida de adoración de Israel. Ahora hay un consenso claro, sin debate alguno, sin

discusión alguna, sobre la autoridad de la primera de estas categorías, la Torá o el Pentateuco, los cinco libros de Moisés.

Tampoco parece haber debate sobre la autoridad de los profetas mayores y menores, es decir, Isaías, Jeremías, Ezequiel y los Doce. Esos profetas a los que tendemos a hablar como profetas menores pero que ya eran un grupo de doce en la época de Ben Sirah, como él se refiere a ellos en Ben Sirah 49:10. Es probable que cuando los judíos hablan de la ley y los profetas, se estén refiriendo no sólo a lo que los cristianos llaman los libros proféticos, sino también a los libros históricos, a los que los judíos históricamente se han referido como los profetas anteriores. Como acabo de mencionar, también se reconoció una tercera división de las Escrituras, los otros libros, pero sus límites no estaban tan claramente definidos en el cambio de época.

Y aquí es donde veremos que donde hay debate, aquí es donde el debate tiende a ocurrir. Ahora, algunos grupos judíos parecen haber trazado un círculo estrecho alrededor de sus escrituras, como los samaritanos, para quienes la Torá parece haber sido primordial. Eso no quiere decir que no leyeran a los profetas, pero la Torá era el canon central.

Otros grupos de judíos parecen haber trazado un círculo más amplio de lo que cabría esperar. Por ejemplo, la comunidad de Qumrán se refiere a libros como Primer Enoc y Jubileos como textos autorizados, y los tratan tal como lo hacen con lo que llamaríamos las escrituras canónicas. Aparte, Judas, la carta de Judas, curiosamente, recita un pasaje de Primera de Enoc y espera que tenga peso como texto autorizado entre sus oyentes.

Sin embargo, a finales del siglo I d. C., estaba surgiendo claramente dentro del judaísmo una comprensión de un cuerpo cerrado de libros sagrados. Josefo, por ejemplo, en su especie de apología del estilo de vida judío contra Apión, escribe, porque sólo tenemos 22 libros que contienen todos los registros, perdón, que contienen los registros de todos los tiempos pasados, que son justamente Se cree que es divino. Cinco pertenecen a Moisés, que contienen sus leyes y las tradiciones del origen de la humanidad hasta la muerte de Moisés.

Los profetas que fueron después de Moisés escribieron en 13 libros lo hecho en sus tiempos. Los cuatro libros restantes contienen himnos a Dios y preceptos para la conducta de la vida humana. Ahora, inmediatamente, podrías estar pensando: ¿22 libros? Pensé que eran 37.

Josefo y sus compañeros enumeran estos libros de manera diferente a como lo hacemos nosotros. Por ejemplo, los 12 profetas menores no son 12 libros. Son un rollo, el rollo de los 12.

Entonces, cuentan como un libro en medio de estos 22. Y 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes, aunque ocupen dos rollos, se cuentan como un solo libro. Entonces, Josefo, podemos explicar la mayor parte de nuestro Antiguo Testamento canónico en 22 de Josefo, aunque quizás no dos de los escritos, quizás no Ester y Eclesiastés.

El autor de 4 Esdras, 2 Esdras 3-14, se refiere a 24 libros inspirados que pueden ser leídos tanto por los dignos como por los indignos. Y si permitimos 24, entonces básicamente tenemos los 37 libros en los que dividimos el Antiguo Testamento o la Biblia hebrea. Aproximadamente al mismo tiempo, a finales del primer siglo, los primeros rabinos sólo sienten la necesidad de hacer pronunciamientos en sus escritos sobre la autoridad de unos pocos libros.

En estos pronunciamientos encontramos afirmaciones sobre Ester y Eclesiastés, pero negamos el estatus de sagrada escritura a la sabiduría de Ben Sirach. Lo que esto nos dice básicamente es que a finales del primer siglo realmente no había muchos debates. Y estos pueden ser los únicos libros debatidos.

En realidad, tenemos que agregar Cantar de los Cantares porque en el siglo II, eso todavía se debate en algunos textos rabínicos. Por lo tanto, estos cuatro serían los únicos libros realmente debatidos, y algunas personas tal vez presionen para que se incluya a Ben Sirach. Y con algunas personas presionando para que se dejen de lado Ester, Eclesiastés y Cantar de los Cantares.

¿Por qué decidirse en contra de Ben Sirach y otros libros similares mientras se decide en favor de Ester y Eclesiastés y similares? Parece ser, quiero decir, en términos de lo que realmente se explica en la literatura, parece ser la convicción de que la voz profética ya no habló después de que se completó la reconstrucción del segundo templo. Entonces, con la obra de profetas como Hageo, la voz profética cesó. Ya sabes, ese último empujón para completar la construcción del segundo templo y lo que sea.

Y, por supuesto, Eclesiastés, al ser un tributo a Salomón, aparece porque se lo considera un texto del siglo IX a.C. Y Ester es considerada un texto del período persa. Entonces, llegaron lo suficientemente temprano como para haber venido mientras la voz profética aún estaba activa.

Josefo, en el mismo libro contra Apión, da testimonio de esto como fundamento principal. De hecho, nuestra historia ha sido escrita desde Artajerjes de una manera muy precisa, pero nuestros antepasados no la han estimado con la misma autoridad que la primera porque no ha habido una sucesión exacta de profetas desde la época de Artajerjes. Así, a pesar de que se siguen produciendo textos que dan testimonio de la historia sagrada de Israel después del período persa, estos libros no reciben la misma estima porque la voz profética ha cesado.

También puedes consultar varios textos de 1 Macabeos para encontrar evidencia de que estamos esperando que venga un profeta a darnos instrucciones, pero no las recibimos con regularidad. En un texto rabínico encontramos el mismo tipo de argumento cronológico. El libro de Ben Sirah y todos los libros escritos a partir de ese momento no contaminan las manos.

Entonces, existe una especie de sentido temporal. Después de cierto punto, la voz profética ha cesado. Debería mencionar aquí que la literatura rabínica utiliza una metáfora contraintuitiva para hablar de canonicidad.

Los libros que son sagrados contaminan las manos. Lo que realmente comunican es santidad, pero eso es algo con lo que debes lidiar antes de pasar a la siguiente tarea. Los libros que no son canónicos no contaminan las manos.

Ahora bien, un creciente consenso respecto de un canon cerrado no significa que los judíos dejen de leer, valorar o incluso estimar textos fuera de ese canon. Como ya hemos comentado, Ben Sirah se cita en la literatura rabínica casi cien veces. A veces se le cita por su nombre.

A veces se cita su material, no por su nombre. A veces, su material se recita como si viniera de Proverbios. Un error inusual que cometen los rabinos, pero sucede.

No obstante, sigue siendo un valioso compañero de conversación e incluso después de tomar la decisión, es sólo un libro normal y corriente. Sigue siendo un libro de un sabio que vale la pena leer. Y luego tenemos este testimonio de 2º Esdras, que ya hemos encontrado en nuestro estudio de todos los libros apócrifos.

Se escriben 94 pergaminos dentro de los 40 días posteriores a que Esra bebe este brebaje ardiente, que obviamente recibe inspiración divina. Así, reconstituye los 24 libros canónicos, pero también dicta otros 70 libros, que deben ser leídos sólo por los dignos o los sabios del pueblo. Estos libros extracanáonicos no tendrán peso entre los judíos comunes, pero continúan siendo leídos por este grupo esotérico, del cual surge el libro de 4º Esra.

Este grupo esotérico se considera el sabio entre la gente. Ahora, mientras pensamos en el canon judío, creo que es necesario dedicar un breve período de tiempo a pensar en el mito del canon alejandrino. Este es un mito que está desapareciendo.

Pero todavía se puede encontrar en los libros la idea de que los judíos alejandrinos tenían un canon mucho más amplio que los judíos palestinos. Esto se encuentra especialmente entre los autores griegos ortodoxos. No tienen que hacer un perfil aquí, pero sucede que piensan que su canon se basa en un canon judío alejandrino.

El mito es que lo que encontramos en la llamada Septuaginta de la iglesia cristiana de los siglos IV y V es lo mismo que la Septuaginta que los judíos de habla griega usaban en la época de Cristo. Esto simplemente resulta de la confusión sobre el significado del término en sí. Sí, hablamos de la Septuaginta en el siglo I a.C.

Pero allí, por Septuaginta, nos referimos a la traducción griega de la Torá que ocurrió alrededor del año 250 a. C. y, finalmente, a la traducción griega de los profetas y los escritos. Pero, por lo tanto, no nos referimos a todo lo que aparece en la Septuaginta tal como se conoce en la iglesia cristiana en los grandes manuscritos, el Codex Sinaiticus, y lo que sea, las Biblias encuadernadas de los siglos IV y V de la iglesia cristiana primitiva. El contenido de este último no es evidencia de lo que los judíos alejandrinos consideraban canónico antes de la era cristiana o después de la era cristiana, de hecho.

En cambio, toda la evidencia que tenemos de Filón de Alejandría, por ejemplo, sugiere que nunca fueron más allá de lo que se llamaría la Biblia hebrea en términos de su sentido de los límites de las Escrituras. ¿Qué tiene todo esto que ver con el canon cristiano? Bueno, primero, sí, la iglesia ciertamente heredó un cuerpo de escrituras autorizadas, pero la iglesia nació demasiado pronto para haber heredado una lista cerrada de escrituras de la sinagoga como un hecho. Además, creo que es relevante que la iglesia primitiva buscaba ansiosamente un cuerpo más amplio de textos en los que viera reflejados y apoyados su propia fe, esperanza y espíritu distintivos.

Obviamente, el canon cristiano va a ser mucho más grueso que el canon judío porque adoptamos las cartas de Pablo, los Evangelios, las cartas de los otros apóstoles y cosas por el estilo. Y la iglesia primitiva anhela este tipo de literatura. Hereda un cierto cuerpo de Escrituras, pero las cartas de Pablo emergen muy rápidamente como escritos autorizados, útiles, fundamentales y, por lo tanto, eventualmente canónicos, para este nuevo grupo.

La iglesia primitiva también, en este tipo de búsqueda de aquellos textos que alimentaban nuestra identidad, llegó a asignar alta autoridad a otros textos judíos más allá de los del Nuevo Testamento que tampoco gozaban de la misma estima que las sagradas escrituras en la comunidad judía. Ahora bien, ya hemos abordado un poco la cuestión del uso de los libros apócrifos en las iglesias primitivas.

¿Consideraban Jesús y sus primeros seguidores a Ben Sera, la Sabiduría de Salomón o Tobit, por ejemplo, como parte de sus Escrituras, parte de un canon de textos sagrados? Y nuestra respuesta tiene que ser, probablemente no, ya que nunca recitan un pasaje de un libro apócrifo con una fórmula de cita como está escrito, o como dice el Espíritu, o con alguna otra fórmula introductoria similar que le atribuya autoridad a este material de los apócrifos. como proveniente de las Escrituras.

Sin embargo, la huella inequívoca de algunos de los escritos apócrifos en los escritos del Nuevo Testamento muestra que Jesús, Pablo y otras voces del período apostólico valoraron sus contenidos como recursos para la ética, la reflexión sobre Dios y otros asuntos. Y yo diría que a medida que se desarrolló la iglesia primitiva, y aquí estamos mirando más a los siglos II y III, valorar los libros apócrifos junto con las Escrituras, e incluso en muchos casos como Escrituras, fue un fenómeno claramente cristiano. Los cristianos de los siglos II y III sin duda reconocieron la influencia de la Sabiduría de Ben Sera en los Evangelios, en la Carta de Santiago.

Y así, concluyeron, tal vez debería conocer la Sabiduría de Ben Sera. Tal vez debería familiarizarme con esto, que tuvo algún impacto en nuestros documentos fundacionales. También encontraron que los libros apócrifos, los libros de lo que ahora llamamos apócrifos, eran recursos útiles en sus propias luchas.

Por ejemplo, las historias de mártires del segundo y cuarto Macabeos, como ya exploramos. Por eso, esta es una literatura inspiradora de primer nivel cuando nosotros, como iglesia emergente, enfrentamos nuestros desafíos más serios. Y la iglesia primitiva sigue siendo consciente de que la comunidad judía no acepta estos textos como escrituras.

Entonces, en realidad encontramos debates continuos desde los primeros siglos sobre cómo usar estos libros que los protestantes llaman apócrifos. ¿Aceptamos la definición judía de canon? ¿O no? Puesto que obviamente no aceptamos su definición de canon con respecto a Jesús y los Apóstoles. ¿Encontramos nuestro propio camino y tú qué? Entonces, una de las preguntas importantes que emerge en este debate, y esta es probablemente la pregunta más conservadora entre las dos, es qué texto de un libro en particular debería funcionar como la forma canónica de ese libro en la iglesia cristiana, la forma griega o la forma canónica de ese libro en la iglesia cristiana. la forma hebrea? Esta pregunta ya cubre entonces las adiciones a Daniel, la versión más grande de Ester y, curiosamente, Baruc y la Carta de Jeremías, que fueron consideradas casi uniformemente adiciones a Jeremías.

Y entonces, una especie de parte del corpus Jeremías, por así decirlo. La forma griega, de ahí la forma más amplia de estos cuerpos de literatura, fue apoyada y utilizada por figuras tan autorizadas como Ireneo en su *Contra las herejías*, o Hipólito en su *Comentario sobre Daniel*, porque comenta los 14 capítulos, no sólo los 12. E incluso por Atanasio en su famosa Carta Festal número 39, que es el texto de referencia para la documentación temprana del canon del Nuevo Testamento.

Pero esa misma Carta Festal habla también del canon del Antiguo Testamento. Por extraño que parezca, Atanasio se muestra reservado con respecto a libros apócrifos como La Sabiduría de Salomón y La Sabiduría de Ben Sirah. Promueve su uso, pero no su estatus igual al de Isaías y Deuteronomio.

Pero al mismo tiempo, promueve específicamente los textos griegos de Daniel y Ester, de ahí las adiciones a Daniel, las adiciones a Ester y lo que sea. Un erudito cristiano llamado Julio Africano planteó un desafío a esta práctica a principios del siglo III. El desafío probablemente surgió porque pasó algún tiempo viviendo y aprendiendo en Judea.

Allí estuvo expuesto a la práctica judía, los textos judíos y los tipos de texto de estos libros. Le escribió al origen preguntándose si aquellas partes de Daniel que no están en el texto hebreo deberían tener algún peso en la iglesia cristiana. Y el origen le da una respuesta enérgica, por decir lo menos.

Origin es el director de una escuela de catequesis en Alejandría. Él mismo es un erudito en hebreo. Conoce bien la tradición del texto hebreo de las Escrituras y en qué se diferencia de la tradición del texto griego.

Pero escribe en respuesta a Africanus. Y entonces, cuando notamos diferencias como las que usted ha planteado, ¿debemos inmediatamente rechazar como corruptas las versiones de las Escrituras utilizadas en nuestras iglesias? E inste a la comunidad cristiana a desechar los libros sagrados que utilizan actualmente. ¿Y pedir a los judíos que nos den copias supuestamente inalteradas y libres de falsificaciones? ¿Debemos pensar que la misma providencia, que es proporcionada para la edificación de todas las iglesias de Cristo por medio de las Sagradas Escrituras, no se ocupó de los redimidos con precio? ¿Aquellos por quienes Cristo murió? ¿A quién, siendo Hijo de Dios, Dios amor, no lo perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros? ¿Para que con él Dios pueda darnos todas las cosas gratuitamente? En estos casos, considera si no sería bueno recordar las palabras y no traspasar los antiguos hitos que establecieron tus padres. Entonces, Orígenes establece en términos muy claros que Africanus se equivoca al plantear este desafío.

Y utiliza dos argumentos. Por un lado, las iglesias cristianas utilizan desde hace siglos los textos griegos de Daniel y de Ester. Y ahora está mal cambiar esa práctica.

Quita los hitos que pusieron tus padres. Pero también saca a relucir este argumento teológico y plantea la cuestión. Ahora déjame aclarar esto.

Piensas que los judíos que no creen en Cristo tendrán mejores tipos de texto que nosotros que hemos creído en Cristo, que hemos aceptado este increíble regalo y precio que el Hijo de Dios pagó por nosotros. ¿Debemos suponer que el Dios que tanto nos amó para darnos a su Hijo no pensó también en el tipo de texto de las Escrituras que deberíamos tener y utilizar en nuestras iglesias? Este argumento resuelve en gran medida la cuestión de las iglesias cristianas. Y no hay muchos más debates que si deberíamos usar Daniel hebreo versus Daniel griego, Ester hebrea versus Ester griega.

Habrán algunos, pero no tantos como los que sigue planteando la segunda pregunta. ¿Es el canon judío determinante para el canon cristiano del Antiguo Testamento? Dejando de lado el hecho de que la iglesia cristiana ya abarca 27 libros de las Escrituras que la sinagoga no. Y encontramos a varios padres importantes de la iglesia primitiva promoviendo un canon más corto del Antiguo Testamento.

Aunque algunos de estos padres promueven el texto más largo de algunos de los libros del canon hebreo, a finales del siglo II, Melitón de Sardis presentó su lista de los libros del Antiguo Testamento, que corresponden con el canon protestante moderno, menos Ester, como fruto de su estudio en Palestina. Como él dice, en el mismo lugar, o tal vez donde, como dice Eusebio, en el mismo lugar donde estas cosas fueron proclamadas y tuvieron lugar.

Un siglo después de Orígenes, Atanasio, obispo de Alejandría, intentó promover la misma lista más corta del Antiguo Testamento, incluyendo ahora a Ester. Nuevamente, se incluyen las adiciones a Daniel y a los griegos Ester, Baruc y la Carta de Jeremías. Escribe sobre el canon en su famosa carta festiva.

Hay otros libros además de estos, que de hecho no están incluidos en el canon, pero designados por los padres para ser leídos por aquellos que se unen recientemente a nosotros y que desean ser instruidos en la palabra de piedad. La Sabiduría de Salomón y la sabiduría de Sirac y Ester y Judit y Tobit y lo que se llama la Enseñanza de los Apóstoles, que conocemos como la Didaché y el pastor de Hermas. Pero los primeros, es decir, todos los libros canónicos enumerados, los primeros, hermanos míos, están incluidos en el canon, los segundos simplemente se leen.

Tampoco hay mención de escritos apócrifos en ningún lugar. Y me apresuro a agregar aquí que cuando habla de escritos apócrifos, obviamente no se refiere a los que acaba de enumerar, la Sabiduría de Salomón y Sirac. Está hablando de apócrifos del Nuevo Testamento, evangelios gnósticos como el Evangelio de Tomás o actos extraños de los apóstoles como los actos de Pablo y Tecla.

Así que aquí lo que encontramos es esa posición que resurgiría en la Reforma de un canon más corto, una delineación de un canon más corto del Antiguo Testamento, pero la promoción continua de la lectura de estos libros adicionales, Sabiduría de Salomón, Sabiduría de Sirac, etcétera, como literatura útil que edifica, pero que simplemente no posee la autoridad de las escrituras canónicas. El mayor defensor de la versión hebrea de un canon más breve del Antiguo Testamento y del tipo de texto hebreo de los libros canónicos fue Jerónimo, un erudito y obispo del siglo IV. Jerome aprendió hebreo en Palestina con un rabino.

Produjo su traducción latina que llegaría a conocerse como la Biblia Vulgata, basada en gran medida en los textos hebreos en la medida de lo posible. Notó y marcó las diferencias entre las versiones griega y hebrea de Daniel, Ester y Jeremías, aunque

proporcionó una traducción de todo. También designó como libros eclesiásticos los libros que llamamos apócrifos.

Nuevamente los tradujo, pero los marcó como un segundo orden de libros. El significado eclesiástico se valora en la Iglesia cristiana, se lee adecuadamente en las iglesias y se utiliza como recurso edificante, pero es un segundo orden de libros. Ahora bien, Agustín no estaba de acuerdo con su contemporáneo Jerónimo.

Nombró a Tobit, Judit, 1 y 2 Macabeos, 1 Esdras, la Sabiduría de Ben Sirach y la Sabiduría de Salomón, que también atribuyó a Ben Sirach por alguna razón, entre los libros del Antiguo Testamento, siguiendo la práctica del mayoría de los cristianos de la Iglesia occidental, entre los cuales estos libros habían obtenido el reconocimiento de su autoridad. La posición de Agustín fue afirmada en la lista de libros para leer en la iglesia bajo el título de Divina Escritura, elaborada por los obispos reunidos en el Concilio de Cartago en el año 397 d.C. Las adiciones a Daniel y Ester, dicho sea de paso, aunque Agustín no las menciona específicamente ni en esta lista, se incluyen naturalmente porque es el tipo de texto griego de Daniel y Ester que se usa en Occidente.

En la Iglesia Oriental, el propio maestro de Orígenes, Clemente de Alejandría, consideraba la Sabiduría de Salomón y la sabiduría de Ben Sirach como escrituras. Y Juan Crisóstomo, que es un destacado teólogo en la Iglesia Ortodoxa Griega, afirmó a Tobit, Judit, Ben Sirach y la sabiduría, además de los textos griegos de Daniel y Ester, y posiblemente las adiciones a Jeremías, también como escritura canónica. Otro tipo de evidencia a favor del canon proviene de las Biblias de los siglos IV y V, los códices encuadernados, el código encuadernado de la Biblia.

Y nada dice más canon que una portada y una contraportada, que delimitan lo que se incluiría. Pero incluso aquí encontramos variaciones notables entre los tres códices supervivientes de los siglos IV y V. El Código Sinaítico incluye el primer Esdras, Tobit, Judit, el primer y cuarto Macabeos, la sabiduría de Salomón y Ben Sirach.

Todos estos, dicho sea de paso, conservan las formas más largas y de ahí las adiciones a Daniel y Ester. Pero, verá, hay variedad entre los libros adicionales entre los tres. El Código Vaticano incluirá primero Esdras, la Sabiduría de Salomón, la Sabiduría de Ben Sirach, Judit, Tobit, Baruc y la carta de Jeremías, pero no los libros de los Macabeos.

El Código Alejandrino incluye a Baruc, la carta de Jeremías, Tobit, Judit, el primer Esdras, los cuatro libros de los Macabeos, así como el Salmo 151 y la Oración de Manasés, dentro de una especie de suplemento de himnario que aparece justo después de los Salmos llamados Odas. . Esta es una colección de himnos bíblicos y, hasta cierto punto, extrabíblicos para uso en la iglesia. Digo extrabíblico, me refiero al Salmo 151 y la Oración de Manasés.

Ahora, dos de estos códices incluso incluyen algunos libros adicionales del Nuevo Testamento. Por ejemplo, el Sinaítico está incluido en un apéndice que dice algo así como la Epístola de Bernabé y el Pastor de Hermas. Alejandrino añade el Primero y el Segundo Clemente después del Libro del Apocalipsis.

Y según el índice, aunque ahora falta, alguna vez incluyó los Salmos de Salomón. No sabiduría, sino Salmos de Salomón en un apéndice del Nuevo Testamento. Ahora, claramente, no sugiere un canon del Nuevo Testamento más grueso, porque parecen apéndices.

Pero los libros apócrifos que he mencionado están todos intercalados en el Antiguo Testamento. Entonces, lo que tenemos aquí es evidencia de un Antiguo Testamento todavía amorfo en este período. Hay una cuestión constante sobre el alcance del canon del Antiguo Testamento, hasta la Reforma en la propia Iglesia Católica.

Por ejemplo, Gregorio Magno, Juan de Damasco, Hugo de San Víctor, Nicolás de Lira e incluso el cardenal Tomás Cayetano, famoso oponente de Martín Lutero, se opusieron a tratar los libros apócrifos como parte e iguales a los libros más restringidos. Canon del Antiguo Testamento. En Oriente, Gregorio Nacienceno abogaría por un canon del Antiguo Testamento más corto, incluso mientras predica los textos de los apócrifos. Ahora bien, lo que no se cuestiona en ningún momento a lo largo de este período es el valor de los libros apócrifos para informar a los cristianos, proporcionar modelos de piedad y fidelidad y complementar de otro modo el conocimiento religioso y ético que se puede obtener de aquellos libros que son aceptados universalmente en todo el mundo. Iglesia cristiana como útil.

Llegamos entonces a pensar en los apócrifos y la Reforma. El principio de los reformadores de sola scriptura, la Escritura sola, que afirmaba la autoridad de la Escritura por encima de las normas de los concilios eclesiásticos, los papas, la teología escolástica y la tradición, como norma última mediante la cual debían evaluarse la doctrina y la práctica cristianas, daba prioridad a resolver la cuestión. De una vez por todas, ¿qué constituye la Escritura? ¿Dónde están los límites? Los reformadores clásicos son conscientes del debate histórico sobre los apócrifos. Y, como ya hemos observado en nuestro recorrido por los apócrifos, hay algunos textos específicamente problemáticos dentro de los apócrifos.

Miramos Tobit 4 y lo que tiene que decir sobre las obras de misericordia, hacer un tesoro para uno mismo con el Altísimo, que se convierte en un texto que se utiliza para apoyar la idea de que podemos tener obras de mérito con Dios. E incluso eso, podemos acumular un tesoro de méritos al que otras personas pueden recurrir para ayudarlos ante Dios. Examinamos 2 Macabeos 12:43 al 45, que se convierte en un texto utilizado para respaldar las oraciones y ofrendas en nombre de los muertos.

Sin embargo, lo que encontramos entre todos los reformadores de la primera generación no es el rechazo de los apócrifos sino una moderación en el uso de estos textos. Los propios reformadores continuaron mostrando un gran respeto por estos textos. Por ejemplo, Martín Lutero se toma la molestia de traducir los libros que ahora considera apócrifos como parte de sus esfuerzos por crear una Biblia alemana.

Pero los ubica, incluidas las adiciones a Daniel y las adiciones a Ester, que ahora separa de los libros de Daniel y Ester en el Antiguo Testamento. Los coloca en una sección separada entre los Testamentos, donde, francamente, pertenecen cronológicamente. Desde su prefacio a esta nueva sección, este primer apócrifo impreso, por así decirlo, entre los Testamentos, escribe: Estos son libros que, aunque no se consideran como las Sagradas Escrituras, siguen siendo útiles y buenos para leer. Si miramos algunos de los otros prefacios que escribe para libros particulares entre los apócrifos, vemos otros ejemplos de su elogio y valoración específicos de los libros de los apócrifos, de hecho diciendo a sus luteranos que sigan leyéndolos.

En su prefacio a La Sabiduría de Salomón leemos: Hay muchas cosas buenas en él y vale la pena leerlo. Este libro es una buena exposición y ejemplo del primer mandamiento. Ésa es la razón principal por la que se debe leer este libro: para que uno aprenda a temer y confiar en Dios, para que él nos ayude con su gracia.

Se me acaba de ocurrir esta idea para promover los apócrifos. En la parte de atrás, voy a tener una lista de respaldos, y valdrá la pena leerla, Martín Lutero. Del prefacio de Lutero a Primera de los Macabeos leemos este elogio.

Este libro es uno de los que no forman parte de la Biblia hebrea, pero sus palabras y discursos son casi tan esclarecedores como los de los demás libros de la Sagrada Escritura. Y no habría estado mal contarlos como tal porque es un libro muy necesario y útil, como atestigua el profeta Daniel en el capítulo 11. Por eso a nosotros los cristianos también nos es útil leerlo y conocerlo.

Lutero señala muy acertadamente que si queremos entender correctamente Daniel 11, necesitamos saber mucho más sobre la historia intertestamentaria porque Daniel 11 sigue la historia de los Ptolomeos y los Seléucidas en su guerra entre sí y se centra en especialmente sobre la actividad de Antíoco IV. Y muchísimas personas han leído mal Daniel 11 porque no siguieron el consejo de Lutero, así que leyeron Primera de los Macabeos y se familiarizaron con la historia intertestamentaria. Los reformadores suizos también adoptaron lo que se consideraría una alta opinión de los apócrifos en comparación con la opinión de la mayoría de sus descendientes.

Ulrico Zwinglio, en su prefacio a la Biblia de Zurich de 1531, afirma que los libros apócrifos, que también separa e imprime en un lugar aparte, no forman parte del Antiguo Testamento. Afirma que los libros apócrifos contienen mucho de verdadero

y útil, fomentando la piedad de vida y la edificación. Compara los libros apócrifos con un espejo, y lo siento, lo retiro.

Compara los incuestionables libros canónicos del Antiguo Testamento con un espejo en el que se refleja claramente la piedad. Y los apócrifos al agua, a veces clara, a veces agua revuelta y revuelta. Y sin duda está pensando en Segunda Macabeos 12 y Tobit 4, en lugares como ese, en lugares como ese.

Por eso, aconseja el uso crítico de estos libros, e incluso cita Primera de Tesalonicenses 5:21 en ese sentido. Probadlo todo y retened lo bueno. Lo importante que sacaría de esto es que él, de hecho, insta a leer los apócrifos y examinarlos.

No toleraría descuidarlo por completo. La Confesión de Zurich de 1545 también afirma que los apócrifos son útiles y fructíferos para los cristianos siempre que su contenido se interprete de acuerdo con las Escrituras canónicas. La postura de Juan Calvino es esencialmente la misma en sus escritos anteriores.

Por ejemplo, en el Prefacio al Antiguo Testamento de la Biblia de Ginebra de 1546, que a menudo se atribuye entonces a Juan Calvino, leemos esto. Es cierto que los apócrifos no deben ser despreciados, en la medida en que contienen enseñanzas buenas y útiles. Al mismo tiempo, por supuesto, hace una cuidadosa distinción entre esos libros, los libros apócrifos, y aquellos, cito, que nos ha dado el Espíritu Santo, que deberían tener prioridad sobre lo que proviene de los seres humanos.

Menno Simons, quien, por supuesto, es el padre de los menonitas y los anabautistas, importantes movimientos pietistas anabautistas, también mantuvo una visión muy elevada de los apócrifos. De hecho, va más allá de sus pares reformadores. Los cita junto con libros de la Biblia hebrea por tener igual autoridad.

Y valora particularmente los textos relativos a los martirios bajo Antíoco IV, 1 Macabeos 1 y 2 Macabeos 6-7, porque estos textos fueron recursos muy importantes para ayudar a sostener a los anabautistas frente a la persecución, tanto por parte de oponentes católicos como protestantes. En la Reforma inglesa encontramos, nuevamente, el elogio del uso calificado de los apócrifos. Thomas Cranmer, que nos dio los 39 artículos de la religión, escribe en el artículo sexto, los otros libros, como dijo Jerónimo, la iglesia lee por ejemplo de vida e instrucción de modales, pero aún así no los aplica para establecer ninguna doctrina.

Así que aquí nuevamente tenemos esa famosa diferenciación entre usar los apócrifos para asuntos de teología versus usar los apócrifos para asuntos de piedad, devoción y ética. Las lecturas de los libros apócrifos continúan utilizándose en los servicios públicos de culto en la recién formada Iglesia de Inglaterra. Todas las Biblias impresas

debían incluir los libros apócrifos, aunque, como en las Biblias de Lutero y Ginebra, se imprimirían como una sección separada.

Ahora, en respuesta a esta medida de los reformadores, la Iglesia Católica Romana tomó su propia medida. En el Concilio de Trento de 1546, la Iglesia Católica Romana reafirmó una decisión anterior que se había tomado en el mucho menos conocido Concilio de Florencia de 1442, que en ese momento ya había representado la posición mayoritaria dentro de la Iglesia Católica. Afirma oficialmente a Tobías, Judit, Sabiduría, Ben Sirah, Baruc y el Primer y Segundo Macabeos, así como todo el material contenido en las versiones más largas de Daniel y Ester, como parte del canon del Antiguo Testamento.

Esta afirmación o reafirmación decisiva por parte de la Iglesia católica parece haber generado un contramovimiento entre algunos protestantes. De hecho, los motiva, en una especie de formación reactiva, a volverse menos moderados en su propia posición sobre el valor de los apócrifos. Entonces, Calvino dirá más tarde en vida, después del Concilio de Trento, ¿no soy de los que quieren condenar por completo la lectura de estos libros, sino confiar en ellos? Ésa nunca ha sido su suerte hasta ahora.

Entonces, creo que encontramos, incluso en vida de Calvino, un alejamiento de una afirmación clara de su valor hacia una reserva aún mayor a medida que la Iglesia Católica Romana, en respuesta a las iglesias de la Reforma, continúa haciendo de esto un problema cada vez mayor. de definición entre ambos movimientos. La Confesión de Westminster de 1647 clasifica específicamente los apócrifos junto a cualquier escrito humano, sin ningún elogio especial. Allí leemos que los libros comúnmente llamados apócrifos, al no ser de inspiración divina, no son parte del canon de las Escrituras y, por lo tanto, no tienen autoridad en la Iglesia de Dios, ni deben ser aprobados o utilizados de otra manera que otros libros humanos. escritos.

Ahora bien, lo que encontramos por primera vez en un texto de la Reforma es una afirmación puramente negativa sobre los apócrifos, qué autoridad no tienen sin las correspondientes afirmaciones positivas, es decir, que todavía son buenos y útiles para leer. Y creo que esto representa un giro importante en la evaluación protestante, la evaluación de los apócrifos durante el período de la Reforma. Pero me apresuro a señalar que no fue la posición de Lutero, Zwinglio o la del preconcilio de Trento, Calvino.

En inglés, bueno, no sólo en la Iglesia inglesa, vemos que sin embargo, a pesar de este giro, las Biblias continúan imprimiéndose con los libros apócrifos. La versión King James de 1611 incluía los apócrifos y los incluiría consistentemente hasta 1631. Cuando Joachim Morgenweg publicó la Biblia de Hamburgo-Lutero en 1708, también contenía los apócrifos.

Morgenweg también defendió la práctica basándose en el valor intrínseco de los libros apócrifos. Escribe, se adjuntan a las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento y se proporcionan para que los cristianos las lean porque son muy útiles para la edificación del pueblo de Dios y son también un espejo de la providencia y la ayuda divina. Sabiduría cristiana, buena disciplina doméstica y sana enseñanza moral, a pesar de que no son de origen divino directo sino escritas por simples seres humanos.

Después de 1631, las Biblias para uso personal comenzaron a imprimirse sin los apócrifos, aunque las Biblias para uso en las iglesias, las Biblias del gran altar y del púlpito continúan incluyendo estos libros, ya que el leccionario seguiría prescribiendo lecturas de varios libros apócrifos durante todo el siglo. año. Esta impresión de Biblias sin los apócrifos ocurre por primera vez como una innovación de los editores de la Biblia, no de organismos eclesiales. Gracias a esta innovación, pudieron ofrecer un producto para compra y consumo individual que era un 20% más delgado y, por lo tanto, un 20% menos costoso que las Biblias producidas para uso en la iglesia.

Los puritanos presionarían para que se eliminaran por completo los libros apócrifos de todas las Biblias. Representaban una posición muy ajena a la Reforma a este respecto. Y las sociedades bíblicas y misioneras extranjeras finalmente lograrían la eliminación de los libros apócrifos de la mayoría de las Biblias protestantes impresas en el siglo XIX.

Y argumentaron a favor de esto basándose en que los fondos que recaudaron, que representaban la mayor parte de la impresión de Biblias en el mundo en ese momento, los fondos que recaudaron estaban destinados a la publicación y difusión de las Escrituras y no a los libros adicionales. . A medida que disminuyó el acceso a los apócrifos, la ignorancia de su contenido, combinada con un prejuicio y una polémica constantes contra la Iglesia católica romana, llevó a los protestantes a disociarse cada vez más de los apócrifos como insignia de su identidad. De este modo se olvidó el juicio de los reformadores de que estos textos eran buenos y útiles.

¿Cómo funcionaron los libros apócrifos en las iglesias de hoy? Las iglesias ortodoxas orientales generalmente recibieron estos libros como deuterocanónicos. Pero hay una amplia variedad dentro de lo que llamamos iglesias ortodoxas orientales con respecto a esta práctica: ortodoxas griegas, ortodoxas armenias, ortodoxas rusas y otras. Y fieles a su tradición, afirman oficialmente una amplia variedad de puntos de vista, prácticas y decisiones históricas locales con respecto al uso y la autoridad de cualquier libro apócrifo determinado.

Así pues, las iglesias ortodoxas orientales siguen viviendo en la situación en la que siempre han vivido desde el principio. Es decir, una variedad de puntos de vista sobre cómo se deben usar y leer estos libros adicionales. Y seguir tolerando el debate y la

ambigüedad en lugar de forzar decisiones que podrían fracturar aún más la comunión ortodoxa.

Las iglesias católicas romanas, siguiendo el Concilio de Trento, afirman que la mayoría de los libros de los que hemos estado hablando son apócrifos como parte de su Antiguo Testamento. Y esa lista, nuevamente, es Tobit, Judit, las versiones griegas de Ester y Daniel, y por lo tanto todas las ediciones, la Sabiduría de Salomón, la Sabiduría de Ben Sirah, Baruc y la Carta de Jeremías, y el Primero y el Segundo Macabeos. En las iglesias anglicana y episcopal, aunque estos claramente no son textos canónicos del Antiguo Testamento, siguen siendo opcionales, o debería decir que sus lecturas siguen siendo lecciones opcionales en el leccionario para ciertos domingos, para ciertos eventos especiales.

Por ejemplo, Baruc 3 sigue siendo una lección opcional relacionada con, oh, y ahora me da vergüenza. No puedo olvidar la ocasión exacta. Pero de acuerdo con su uso histórico, y también en los servicios de entierro y matrimonio, es posible que todavía escuches leer Sabiduría de Salomón 3 o Tobías 8.

La Oración de Manasés y el Canto de los Tres se utilizan hasta el día de hoy como cánticos dentro de la liturgia de la oración de la mañana en toda la Comunión Anglicana. Y, por supuesto, otras iglesias protestantes han eliminado por completo de sus iglesias la lectura pública de estos textos. Y, en mayor o menor medida, se han dejado llevar por un completo desconocimiento de sus contenidos.

Yo diría, en gran medida, en contra de las recomendaciones de los fundadores de muchas de estas iglesias protestantes. Para concluir, quisiera señalar algunas cosas. En primer lugar, el debate de casi 2.000 años dentro de la iglesia da testimonio de la importancia de los libros que componen los apócrifos para la Iglesia Universal.

Es decir, mi conclusión principal de la historia de todos estos debates canónicos es que de toda la literatura judía escrita entre aproximadamente el 250 a. C. y el 100 d. C. , la iglesia cristiana realmente ha encontrado que estos libros son importantes. Porque han jugado un papel importante. Y para la mayoría de los cristianos, nunca han desaparecido completamente de la vista.

Siempre han ejercido algún papel y han sido afirmados incluso por quienes no afirmaban su estatus canónico. Las opciones en el debate fueron generalmente considerar estos libros como de igual valor que el resto del canon del Antiguo Testamento o estimarlos a un nivel justo por debajo del nivel de las Escrituras. La posición que menos ha recomendado la Iglesia Universal, incluidos Martín Lutero y Ulrico Zwinglio, e incluso Juan Calvino en sus primeros días, es la posición de negligencia voluntaria o incluso desprecio por estos textos que la Iglesia Universal ha atesorado en gran medida a lo largo de su existencia.

Este es el Dr. David DeSilva en su enseñanza sobre los apócrifos. Esta es la sesión 9, Los Apócrifos en la Iglesia Cristiana y el Canon.